

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: C

Estante: 00

Numero: 0901621

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18

R. 91605

Salvador 2 Abril 90-00

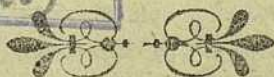
AULO SILIO.

EPISODIO HISTORICO,

POR

D. José Guineuz-Serrano.

| | |
|--------------------------|--------|
| BIBLIOTECA UNIVERSITARIA | |
| — GRANADA — | |
| Clase | C |
| Estado | J |
| Numero | 56(25) |



GRANADA.

Imprenta y libreria de D. José M. Zamora.

1858.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: C

Estante: 001

Numero: 096(60)

R. 91605

Salvador 2 Abril 90 - 00

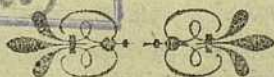
AULO SILIO.

EPISODIO HISTORICO,

POR

D. José Guineuz-Serrano.

| | |
|--------------------------|--------|
| BIBLIOTECA UNIVERSITARIA | |
| - GRANADA - | |
| Clase | C |
| Estante | J |
| Numero | 56(25) |



GRANADA.

Imprenta y libreria de D. José M. Zamora.

1858.

ALDO SILEO

ALDO SILEO

1911

ALDO SILEO

ALDO SILEO

ALDO SILEO

1911

AULO SILIO.

I.

Mas Jesus decia: Padre mio,
perdónalos, que no saben lo que
hacen.

SAN LUCAS.

La noche hacia ya tiempo que habia estendido sus negras alas sobre el horizonte de Roma, y la luna acababa de ocultar su plateado disco sumergiendo los campos del Lacio en sombras impenetrables, cuando un jóven de aventajada estatura y gallardo andar se dirigia á grandes pasos á la Via-apia, por medio de unas hazas incultas y pedregosas: era Aulo Silio, descendiente de una de las mas nobles familias de Roma y único vástago de ella. Dotado de imaginacion volcánica, robustecida por la continuada lectura de los poetas griegos y latinos, se habia formado una inmensidad de ilusiones irrealizables en la sociedad en que vivia.

Introducida la secta de Epicuro, ahogada la libertad en Roma por Augusto y prostituida por Tiberio, aquel emporio, en otro tiempo de las virtudes republicanas, se convirtió en una cloaca inmundada de los mas bajos vicios. La adulacion, la molicie, la prodigalidad, la incontinenencia y sobre todo la maldita sed de riquezas ocupaban todas las clases del estado, y Caton ó el destructor de Catilina se hubieran avergonzado de ser romanos si hubiesen despertado de su feliz sueño. Imperaban á la sazón, Diocleciano y Maximiano Hercúleo, y eran Césares, Constantino Cloro, y Galerio Maximiano. Orgullosos este último con las victorias que obtuviera de los persas, no pudiendo tolerar que los cristianos ayunasen al mismo tiempo que él celebraba con bacanales sus triunfos, por supersticion y crueldad hizo con violentas instancias que el viejo y débil Diocleciano diese aquellos edictos furiosos contra los fieles, edictos que segun la espresion del gran Constantino estaban escritos con plumas bañadas en sangre. La iglesia de Nicomedia fué arrasada, profanados los vasos sagrados y quemados todos los libros al rayar la aurora del día destinado á las fiestas terminales, y esta fué la señal para que todo el imperio se convirtiese en un lago de sangre.

Por eso Aulo, que aun conservaba su corazon puro, vivia fastidiado en medio de aquellas escenas de horrores y de corrupcion. Refugióse por último al amor creyéndole su único recurso; pero golpes que resonaron en lo profundo de su corazon fué lo que recibió en vez de las quimeras que se habia forjado: mil veces creyó encontrar el tipo ideal que se crear a y mil veces tambien sufrió un desengaño cruel. Desesperado al fin, abandonó aquella sociedad corrompida y se aisló, dedicando todos sus cuidados á su

madre ya anciana, y reduciendo todas sus diversiones á leer la epopeya sublime de Homero, ó á llorar con Dido y con el desterrado Ovidio. Jóven en las pasiones y y viejo en las ideas, era un anacronismo entre aquel pueblo una, rosa en medio de un cenagal.

En la tarde de la noche á que me refiero, salió á visitar la fuente Egeria y á contemplar el suntnoso sepulcro de Cecilia Metela; pero despues mirando la tumba vinieron á su mente las ideas que inspiran los que murieron, y sumergido en ellas estuvo, hasta que un sucio murciélago salió del mausoleo y con su sordo zumbido le sacó de su letargo: conoció entonces que era tarde y se apresuró á retirarse.

Al atravesar aquellos campos abandonados, descubrió al escaso resplandor de las estrellas varios bultos que salian al parecer de la tierra y que se perdian á poco en la oscuridad. Agitada su fantasia con tan rara aparicion, se acercó cautelosamente al sitio donde la tierra daba paso á estos seres, y descubrió la boca de una caverna (1), por donde salieron dos mujeres al tiempo que llegaba.

La una alta y gruesa mostraba en su pausado modo de andar que ya habia pasado de la primavera de la vida; la otra mas pequeña y mas airosa, tenia movimientos mas ligeros, y su talle era flexible como la palma de Delos. Un velo espeso cubria el rostro de ambas.

Aulo Silio permaneció inmóvil; era aquella aparicion tan nueva, y pasó tan rápidamente, que no hallaba en su ima-

(1) Las catacumbas de San Sebastian que se hallan en este sitio y que servian de iglesia á los primitivos cristianos.

ginacion á qué atribuirla; pero luego que salió de este estado de sorpresa, siguió como por instinto á las dos mujeres que ya casi se perdian en la oscuridad.

Mil pensamientos bullian en su cabeza mientras las veia á lo lejos como dos fantasmas. Unas veces creia exaltado con Homero que eran Ceres y su hija Proserpina que salian del reino de Pluton, otras que eran dos genios, ya en fin dos estatuas griegas, que se habian puesto en movimiento, tal vez *Niöve y su hija* (2). Pero estas suposiciones, la razon las fué desechando sucesivamente. Un acontecimiento imprevisto cambió todas sus ideas.

Tocaban las mujeres los linderos de la Via-apia cuando fueron detenidas por dos hombres que saltaron de un sepulcro y las arrastraron violentamente consigo. Silio oyó sus ahogados gemidos y voló á socorrerlas: de un golpe derribó á unos de los raptores, que no esperaban tal contrario, y apoderándose de su espada puso en fuga al otro despues de una ligera resistencia.

Las mujeres luego que se repusieron del susto, le dijeron con un tono dulcísimo: Dios y su madre os premien.

Aulo se ofreció á servirles de custodia hasta la ciudad y aceptaron con agrado. En seguida entablaron plática durante el camino, y el romano encontró tanta sabiduria en las palabras de la madre (pues así la llamaba la mas pequeña) y tanto candor en la hija, que dudaba si eran humanos aquellos seres, aun despues de haberles visto llorar.

(2) Este grupo ha sido descubierto en el siglo pasado, y el sabio anticuario Winckelman dice, que es una de las mejores obras de los artistas griegos.

—Creo que son pretorianos (decía el joven) los que os han asaltado sin duda para robaros: siento mucho haber dejado impune su delito.

—La venganza (contestó la madre) nos la prohíbe Dios; él mismo dió el ejemplo pidiendo á su padre celestial por los que acababan de crucificarle y que lo estaban belando.

—Tambien podrán arrepentirse (añadió la hija) y Dios es misericordioso.

Estas palabras sencillas penetraron el corazon del joven romano.—«¿Que Dios prohíbe la venganza?... (decía en sus adentros) ¿Que Dios rogó por los mismos que le estaban crucificando?... ¿Cuál es el Dios de la misericordia? Ninguno conozco con estos atributos.»

Sumergido en tales pensamientos, llegó á Roma y á casa de las mujeres, que se despidieron de él llenas de agradecimiento.

Aulo Silio se retiró á su habitacion ocupado por ideas que hasta entonces jamás le habian ocurrido.

La esperanza de hallar aquel ser puro y bello que tanto buscára, volvió á renacer en su alma. Las palabras de la madre le admiraban; pero las de la hija le llegaban á su corazon; no la habia visto; mas en aquel cuerpo airoso y gallardo no podia haber una cabeza mal formada, y solo una boca linda podia despedir sonidos tan armoniosos. Así sueñan los enamorados.

Pensativo, filosófico, pero mas animado llegó á su casa, y aquella noche estuvo menos triste que las otras.

I.

No es bajo el ramaje de los bosques,
ni sobre los céspedes de las fuentes,
donde se presenta la virtud con su ma-
yor poder: es preciso mirarla en la os-
curidad de las prisiones, y entre los ar-
royos de sangre y de lágrimas.

CHATEAUBRIAND.

Pasáronse ocho dias sin que Aulo Silio hubiese vuelto á ver á la madre ó la hija, y tambien le habia sido imposi- ble encontrarla casa donde las dejó la noche que las salvó.

De nuevo le entró el desaliento, y las brillantes espe- ranzas que se habian refrescado en su alma, se marchita- ron poco á poco.— Nueva hoja seca y caída del árbol de su coazon.

El noveno dia salió deseando respirar el aire libre, y al atravesar por junto al teatro de Marcelo vió un inmenso gentio que cubria la entrada del suntnoso palacio de la Justicia edificado por Augusto. Se dirigió allí por curiosi-

dad, y poco á poco fué arrastrado por turba-la hasta que se halló en una sala espaciosísima; en el extremo opuesto á donde estaba el jóven Silio se levantaba un trono, en cuyo centro habia un rico asiento de marfil terminado por la estatua de Temis, diosa de la equidad, de la paz y de la ey. El pretor estaba sentado en esta silla, y á su derecha los sacrificadores y un pedestal con la estatua de Diocleciano; á su izquierda centuriones y soldados; delante azotes, grillos, esposas, uñas de hierro y cadenas, una máquina de tormento, una hoguera pequeña ú hornillo, infinitos instrumentos de suplicio y muchos verdugos. Lo restante de la sala lo ocupaba el pueblo.

Aulo oyó preguntar al magistrado:

—¿Cuáles son vuestros nombres?

Una voz de mujer dulcísima y no desconocida para el poeta respondió:

—Gliceria y mi hija Sara.

La sangre del jóven romano se agolpó á su corazón al oír esta voz; al instante Aulo se abre paso al través de la multitud y llega hasta una baranda de hierro que separaba al pueblo del tribunal: allí mira alrededor con ojos desencajados y vé en medio de los verdugos á las dos mujeres que salvó en la Via-*Apia*; pero ambas sin velo, cargadas de cadenas y en un traje distinto.

Si dulce y respetuosa se habia representado el poeta á la madre, aun lo era mas su noble figura, y el rostro de la hija sobrepujaba en candor y belleza á cuantos creó su imaginacion: la tez del jazmin es menos delicada y fresca que su cutis; su boca era una granada entreabierta, y sus ojos los de una gacela; brillaba en sus mejillas el sonrosa-

do color de la virginidad y en su alba frente la inocencia purísima: era hermosa como Ester.

Madre é hija llevaban túnicas azules, coturnos y mantos negros (1).

Aulo Silio al verlas quedó inmóvil y como fascinado.

El juez siguió la interrogación dirigiéndose á ambas.

—¿Teniais noticia de los edictos publicados contra los cristianos?

—La teníamos, contestaron madre é hija con entereza.

—Pues entonces, ó sacrificar á los dioses ó vais á ser atormentadas.

—Nosotras no sacrificamos (contestan) si no al Dios uno y trino que erió el cielo y la tierra y murió por salvarnos. Este nos dará valor para que suframos los tormentos.

El preter entonces manda preparar la tortura y que la sufran Gliceria y Sara. Los verdugos obedecen y se apoderan de ambas; estienden sin piedad aquellos cuerpos delicados sobre el férreo caballete y dan un impulso bárbaro á las ruedas. Los débiles miembros de Gliceria y Sara crujen de un modo horroroso y las lágrimas se deslizan con abundancia por sus rostros contraídos y desfigurados por agudísimos dolores.

Aulo Silio lloraba también y la cólera brillaba en sus ojos que brotaban sangre casi.

—Sacrificad, dijo el juez algo conmovido.

—Solo á Dios verdadero que murió por salvarnos, respondieron entre ahogados suspiros; pero en medio del

(1) El traje de los mártires.

dolor sus ojos se elevaron al cielo con una expresion divina.

Irritado el pretor con esta constancia manda que les den nuevos tormentos. Los verdugos rodean con un horcegui de bronce el pequeño pié de Sara y lo comprimen fuertemente sin cuidarse de sus gritos; á su madre, que la animaba, la golpean con azotes de abrojos puntiagudos.

Silio estaba fuertemente conmovido y agitado por diversas ideas; pero al ver oprimir tan sin piedad aquel pié donoso que él hubiera puesto sobre su corazon, y aquella resistencia tan heroica en seres tan débiles, no duda mas; salta la baranda de hierro, derriba la estatua de Diocleciano que hacia de Dios, derrama el incienso, vuelca los flameros, y dice:

— La religion que dá ese valor á seres tan débiles es la verdadera, las demás son adulaciones, creaciones de los hombres, mentiras. Martirizadme: soy cristiano.

No era ya aquel jóven mustio que atravesaba las calles de Roma con los ojos bajos; era Natan reprendiendo á David, Moisés derribando el becerro de oro y rompiendo colérico las tablas de la ley. Sus ojos estaban animados de un fuego divino y parecia que su cabeza despedia rayos de luz.

Los soldados, luego que se repusieron de la sorpresa y terror que les inspiró accion tan atrevida é impensada, se arrojan á él y le maniatan. Gliceria y Sara dieron gracias á Dios por la conversion de aquel jóven, y el pretor mandó que retirasen á los tres cristianos y los condujesen á la cárcel Mamertina, hasta que la clemencia del emperador determinase si habian de ser quemados ó arrojados á las fieras.

III.

Camina en paz, bendita
alma, que ya has llegado
al término por ti tan de-
deseado.

FR. LUIS DE LEON.

Ya habian pasado tres dias despues del juicio que he referido, y tambien el dia anterior se habia celebrado la comida libre, el cuarto por la mañana el pueblo esperaba impaciente en las puertas de la cárcel Mamertina, Aquellos umbrales los habian pasado otras veces reyes para seguir el carro triunfal de los cónsules y emperadores, ejércitos enteros arrastrando cadenas; ahora seres debiles para ir á recibir el martirio.

Giran las robustas puertas rechinando sobre sus goznes de bronce y el pueblo dá paso á una larga comitiva. Marchaban delante los patricios romanos en yeguas negras como la noche sin luna, con cascos rematados por una loba de metal, con relumbrantes corazas y largas espadas de

Iberia, seguialos la infanteria precedida de un centurion y de un águila, y despues entre espesas filas de soldados mercenarios iba Aulio Silio cargado de cadenas y detrás de él Gliceria y Sara casi arrastrándose por lo maltratado de sus miembros. Sus rostros, aunque marchitos por los dolores, conservaban su hermosura y una sobrenatural alegría brillaba en ellos.

Ambas mugeres animaban al jóven romano, que marchaba contento á dar su vida por una religion que hacia cuatro dias que habia abrazado y que tenia entusiasmada su alma.—Es tan dulce tambien cuando se acerca el momento de salir de esta vida miserable y llena de espinas oír hablar de otra, y de otra mas feliz!!!

Un nuevo golpe le esperaba al catecúmeno mas terrible casi que la muerte. Cuando se acercaba la fúnebre comitiva al lugar del sacrificio, una mujer anciana, desgñada, los ojos desencajados y que apenas se sostenia en sus débiles piernas, se dirige al jven rómano á través de la multitud y se abraza con él á pesar de los soldados que lo quisieron impedir.

—Hijo mio! (decia entre sollozos) ya te encontré, ¿dónde has estado? .. No has venido á ver á tu anciana madre? Te he buscado á pesar de mi flaqueza y no te he hallado. ¿Qué tienes?... ¿Dímelo?... ¿Por qué no me abrazas?...

Observa entonces la desolada madre las cadenas que sujetan las manos de su hijo, mira los soldados que le rodean y calla por un momento, luego sigue:

—¿Pero qué es esto?... ¿Tú entre cadenas?... ¿Tú rodeado de soldados?... tú! que eres tan bueno!!.. ¿Qué has hecho? No me respondes?... lloras?

—Madre mia, soy cristiano.

—Tú serás lo quieras; pero por qué estas cadenas? Soldad. que es mi hijo, Aulo Silio (y cubria el rostro [del joven de besos y de lágrimas]).

Aulo no queria dar á su madre, á lo que mas amaba en el mundo, la terrible noticia. Un pretoriano descubrió la verdad con brutal lenguaje.

La madre entonces se abraza mas estrechamente con su hijo y grita:

—No, no, sacrificaré á los dioses, no quiere que muera su madre, y si él muriese, yo le seguiria. Quitadle las cadenas (añadió con imperio.)

Silio estaba inmóvil con el corazon traspasado de un dolor tan intenso y fatigoso, que no podia llorar: no sentia su muerte; pero su madre estaba allí, anciana, desvalida.... Casi dudó su alma, poco firme todavia en la fé. Esta misma sin embargo le consoló: recordó que Jesucristo murió clavado en un madero por salvar al hombre, que su Madre Santisima al pié de la cruz contempló á su Hijo dar el último suspiro entre mil tormentos, y que el Salvador vió las penosas angustias de su Madre y las sufrió por el hombre.

Esta reflexion le mantuvo firme. Los soldados en tanto cansados de las exclamaciones de aquella vieja, la separaron bárbaramente de su hijo y á este le hicieron andar á empellones.

La madre se desmayó al retirarla de Aulo Silio, y no pudiendo su débil salud resistir á las sensaciones tan fuertes que habia sufrido, cayó en un delirio espantoso. Unas mujeres cristianas le condujeron en brazos á su casa.

Silio, empujado por dos verdugos, andaba dejándose e

corazón atrás: solo el que consoló á Job pudo aminorar con el bálsamo de la misericordia sus dolores: tambien Sara y Glicería le alentaron con sus dulcísimas palabras parecidas á las armonías de los ángeles.

Llega al fin al lugar del suplicio donde una hoguera los aguardaba; su rojiza llama alumbrada por el sol y destacándose en una atmósfera pura y azul era horrible.

Los tres cristianos se pusieron de rodillas y pronunciaron una breve plegaria. Los verdugos les intimaron por última vez que sacrificasen á los dioses, y ellos por respuesta se aproximaron á la hoguera. El centurion entonces hizo una señal, y los sayones precipitaron en el fuego á Aulo Silio, Glicería y Sara. Las llamas bajaron al principio, dejando descubiertos los mártires que estaban de rodillas con la vista en la region de los bienaventurados; á poco el humo y el fuego los ocultaron para nunca mas parecer.

La gloria se abrió y recibió en su seno las tres almas coronadas de estos dichosos mortales.

FIM.

